

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Domingo 20 de Noviembre

**XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario
Solemnidad de Cristo Rey del Universo
«Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso»**

2 Samuel 5, 1-3
Salmo 121
Colosenses 1, 12-20
Lucas 23, 35-43

Nuestro país vive momentos muy difíciles, marcados por enormes brechas sociales, económicas, políticas e incluso religiosas. Cada día los empobrecidos son más, mientras los ricos cada vez son menos; las personas desplazadas son más numerosas, mientras los terratenientes ven crecer sus propiedades; nuestros recursos naturales son saqueados mientras el entorno de las comunidades más humildes es destruido. Las diferencias políticas se hacen extremas y los antagonismos parecen hacer de la paz y de la reconciliación tareas imposibles de lograr, quizás inútiles.

El resultado del plebiscito del pasado 2 de octubre nos ha hecho recorrer un largo camino hacia un acuerdo de paz con las FARC, en el que probablemente todos los colombianos nos veamos mejor reflejados. A esta tarea difícil se le suma ahora la negociación con otro grupo guerrillero, un nuevo desafío en el que nos anima la búsqueda de salidas a tantos años de desgaste, muerte, atraso y empobrecimiento.

Del segundo libro de Samuel hemos escuchado la narración sobre la unción de David como rey de Israel. Aquellos que lo consagran reconocen compartir su historia y su destino. La narración del evangelio de Lucas nos pone en un escenario bien diferente, en que se hace burla de Jesús crucificado. Quienes irónicamente llaman a Jesús “el Cristo de Dios”, “el elegido”, “el rey de los judíos”, tienen razón, pero no se dan cuenta de ello.

Sin embargo, uno de los dos crucificados que comparte su padecimiento es capaz de reconocerlo como un hombre justo y como el rey que ha de venir. Al reconocer su humanidad, lo anuncia como el ungido y obtiene por respuesta la confirmación de un destino glorioso que le será compartido.

El himno que escuchamos de la Carta a los Colosenses, nos muestra la relación que hay entre Jesús, el ungido, el Cristo, y toda la creación. Es Él quien da unidad. Él es el principio de armonía y equilibrio, la fuente de la reconciliación, una reconciliación anticipada con su propia entrega. Esa es la figura del rey que nos presenta Lucas: Jesús ejerce su realeza a través de la entrega y el servicio.

Se trata de algo difícil de comprender en sociedades como la nuestra, en que la realeza se asocia con el poder y no con el servicio, pero Jesús vive su realeza a través de la misericordia.



iFelices los que trabajan por la Paz!

Con frecuencia, un reinado como el de Jesús inspira desprecio y burla entre nosotros. Muchas veces así vemos a las personas que nos sirven o a quienes necesitan de nuestra ayuda, pero compartir el destino glorioso de Jesús como rey es servir ahora mismo a los demás, reconocer en su humanidad la historia y el destino que compartimos. Esa es la carta de identidad de los cristianos.

Desde la cruz, las palabras del Señor expresan la misericordia de Dios, que llega incluso a los que le han condenado. Jesús reina desde la cruz y lo hace a través de la misericordia. Se trata de una profunda verdad con la que cerramos este año litúrgico, a la vez que clausuramos el Año Jubilar de la Misericordia convocado por el Papa Francisco.

Se trata de una excelente oportunidad para redescubrir que la misericordia se vive en los hechos y se hace realidad en nuestras acciones, porque es una actitud concreta y una forma de vida. La misericordia es una necesidad apremiante en nuestro mundo y en nuestro país, es el reino de Dios mismo, que marca la senda de la vida verdaderamente humana.

Cómo no recordar las bienaventuranzas a la luz de las enseñanzas de Jesús, en esta fase de nuestra historia. Queremos construir caminos de paz, nos mueven la compasión y la misericordia. Hemos sido invitados por Jesús a estar con él en un mundo mejor, tenemos la dicha de trabajar por una nación en paz, por una sociedad reconciliada.

Que el extraño modo evangélico de proponer la realeza, atravesada por el servicio y no por el poder, incida en nuestras vidas. Que incida también en las prácticas políticas y económicas de quienes tienen la responsabilidad de garantizar las oportunidades y los derechos a sus propios hermanos. Así reconoceremos la humanidad de Jesús en cada una de las personas y haremos más próxima la venida de su reino.

